

traño; porque así como no hay nada que esté excluido de la luz del sol, así entre los cristianos no hay ni siquiera uno que no disfrute las influencias de María. Sí, su bondad natural no puede apartarse de nada; y aun de hecho se da toda entera no solo á los santos y á los justos, sino aun á los tibios y pecadores, y aun á los miserables é impíos. Reza la Salve, lector carísimo, y repite con grandísimo afecto, que vuelva hácia tí, aquellos sus ojos tan misericordiosos. María, de tal suerte, nos da de hecho todo cuanto le es posible, que no puede no inclinarse á favorecernos cuando la invocamos con el *Ea, pues, abogada nuestra, vuelve á nosotros esos tus ojos tan misericordiosos.*

¡Oh gran Señora! ¡Oh Soberana Emperatriz de cielo y tierra! Vuestra misericordia llena todo el universo mundo, de un modo semejante á la misericordia de Jesús. ¡Mírala qué Madre tan amorosa y tan piadosa! ¡Mira cuán inmensa es su bondad! No se resiente cuando se le hace alguna injuria positiva como los desgraciados, infelices y malaventurados protestantes, antes bien se ofende contra aquellos que no le piden las gracias que necesitan para su eterna salvacion: tanto quiere volver hácia nosotros esos sus ojos tan misericordiosos. ¡Qué bondad la de María, y cuán consoladora! Ella nos enseña á esperar gracias superiores á nuestros méritos, ya que nos dispensa favores que mil y mil veces los exceden. Y no es extraño, porque en ella se cumple la prediccion que hizo Isaías del trono de la misericordia que dispensaba toda gracia y toda bendicion: y este trono es María, como que es la silla del reino de Jesús. ¡Ah! si pudiéramos saber lo que pasa entre esta mística silla y el que está sentado, oiríamos al Hijo Divino que le dice: *Vos, Madre mia, me disteis el ser de hombre, y Yo voy á daros el ser de Dios en cuanto á Mí es dable y á Vos recibíble: Vos me disteis esta carne divina para que redimiera á toda carne, y Yo os confiero mi omnipotencia para que de hecho podais salvar-*

la. ¡Qué poder el de María! ¡Y poder omnipotente empleado todo en mi favor! ¡Qué gracias las que penden de él! ¡Y gracias que se derraman cuando se le pide con todo afecto el *vuelve á nosotros esos tus ojos tan misericordiosos.*

Cuando dirigimos á tan Soberana Princesa tan excelente peticion, no solo le pedimos que nos mire con sus divinos ojos, sino que pedimos tambien la poderosísima mirada de Jesús: mirada que Jesús no niega, porque como ya vimos, nuestras súplicas las hace súplicas suyas: sus súplicas son ruegos de Madre, y estos ruegos obran completamente como si fuesen mandatos: y al modo que el Padre nada niega á su Hijo Unigénito, así Jesús nada niega á su Madre. ¿Y por qué todo esto? Porque la experiencia así nos lo enseña, porque le plugo á Dios honrar á su Madre cuanto le es dable, porque quiso concederle su omnipotencia, para que á fuer de Madre suya use de ella segun su beneplácito, y de esta manera alcancen el perdon los pecadores que la invocaren, y conceda á los tibios el fervor que necesiten, á los fervorosos la gracia de la fidelidad, á los santos la gracia de santificarse aun mas, y á los ya perfectos la dicha de poder hacer siempre y en todó lo mejor, lo mejor, lo mejor. Pidamos, por tanto, siempre á María, que *vuelva á nosotros esos sus ojos tan misericordiosos.*

CAPITULO XIII.

Y DESPUES DE ESTE DESTIERRO, MUÉSTRANOS Á JESUS,
FRUTO BENDITO DE TU VIENTRE.

59. *Explicacion de la Salve.*—Es muy sublime la súplica que nos enseña la Iglesia á dirigir á nuestra Virgen Inmaculada, en fuerza de estas palabras: *y despues de esta vida, muéstranos á Jesús, fruto bendito de tu vientre;* porque es como si

le dijéramos: ya que tu poder es infinito, é infinita es también tu misericordia, libranos á todos de las penas del infierno y de los tormentos del purgatorio, y condúcenos á todos á la patria celestial. Súplica excelentísima que se dirige á la Virgen Madre, á la mas grande y sublime entre todas las criaturas, á la que se complace en ser riquísima con el único fin de llenarnos de sus bienes: en una palabra, nos dirigimos á nuestra Reina y Madre que va á concedernos no solo la gracia de no ofender á Dios, sino aun de servirlo con fidelidad, de crecer á pasos de gigante aun en las mas heróicas virtudes, y hará que se verifique en nosotros el que *nos muestre á Jesus, fruto bendito de su vientre.*

Hace poco tiempo que vivia en una isla de España, un hombre que rayaba ya en los sesenta años; y si bien es verdad que siendo muy jóven vivió muy cristianamente, pero también lo es que abandonando despues toda idea religiosa, se hizo un incrédulo de los mas impíos. En este estado le asaltó su última enfermedad, y entonces comenzó, cual nunca, á ser malo. No solo no se podia alcanzar que se confesase, mas ni siquiera se le podia hablar de Dios, y ni aun de la Santísima Virgen María. Su boca vomitaba continuas maldiciones y las mas horribles blasfemias: su aspecto era de los mas feroces: el color de su rostro era completamente negro: sus cabellos se le ponian del todo erizados, y con una desesperacion la mas marcada, presentaba en todo este conjunto las señales todas de un verdadero condenado; esta es la razon porque los de su casa, afligidos hasta lo sumo, ya no sabian qué hacerse y habian agotado todos los medios de salud.

En esta pena tan sin segunda, se acordó la familia de que la hermana de la Caridad N., era su paisana: la enviaron á buscar, comenzó con dolerse de sus aficciones, le habló de Dios, le presentó la grande piedad de María y cómo era su principal

oficio en la hora de la muerte *mostrarnos á Jesus, fruto bendito de su vientre;* pero todo se hizo sin fruto alguno.

La piadosa hermana se acordó de la medalla Milagrosa: le habla de ella, lo excita á confiar en esta Virgen Inmaculada, pero siempre en vano, porque á todo contestó que no podia creer, y que no tenia ninguna confianza ni en la medalla, ni en la Madre de Dios. La hermana instó para que se la pusiese; y él entonces, fastidiado de tanta importunacion, permitió que se la pusiese, asegurándola, empero, que no creia en nada, y que esperara ella si quisiese, porque á el poco le importaba aquella tontera; y continuaba con tan horribles blasfemias que llenaban de afliccion á la hermana, así como de horror á todos los enfermos.

Entretanto, la Santísima Virgen comenzó á obrar el prodigio, porque despues de haberle permitido un muy ligero sueño, le asaltaron unos muy grandes temores de la muerte, del juicio y del infierno. A poco rato, pide por la hermana, y con unos ruegos los mas suplicantes, le pide encarecidamente que le envíe un padre para que pueda confesarse; porque no aguanto, decia, lo terrible de la muerte: no aguanto lo espantoso del juicio y mucho menos aguanto la eternidad del infierno. ¡Feliz momento! porque se confesó muy bien, recibió á Jesucristo Sacramentado, poco despues la Extremaunción, y los tres dias que vivió todavia, pasólos no solo sin escapársele ni siquiera una mala palabra, sino que también entre coloquios los mas íntimos con la Santísima Virgen María, y besando continuamente y con grande afecto la medalla Milagrosa. *Hasta este punto desea mostrar á todos los cristianos que se encuentran en el trance terrible de la muerte, el fruto bendito de su vientre, Jesus!*

60. *María libra del infierno á sus devotos.*—Al afirmar, lector carísimo, que María Santísima libra del infierno á sus devotos, no quiero decir que de hecho salgan los condenados

del infierno por su mediacion, porque escrito está que en el infierno no hay redencion: es decir, que el que cae en el infierno, jamas podrá salir de este lugar de tormentos, sino que el sentido de nuestra proposicion es asegurar que es imposible que se condene un verdadero devoto de María.

Tambien entenderás que no hablo de los que abusan de esta devocion para pecar con mas libertad y con menos remordimientos de conciencia; porque semejantes presuntuosos cometen en solo esto un pecado contra el Espíritu Santo; sino que se entiende tan solo de los que son fieles en enmendarse, y que obsequian, cual conviene, á la Madre de Dios, como lo hizo una Magdalena, una María Egipciaca, un Agustin y un Ignacio de Loyola.

Y á la manera que es imposible el que se salve el que no es devoto de María Santísima, así es imposible que se condene el que pone en ella toda su confianza. ¡Ah! tiemblen los que me nosprecien la devocion á María, y teman los que descuidados no la honran y alaban, porque morirán irremisiblemente en su pecado, y jamas llegarán á la patria celestial.

Sobre esta doctrina no hay que dudar ni siquiera lo mas mínimo, ya porque está decretado que ninguna gracia se conceda á los mortales, si no pasa por el conducto de María, ya porque Ella misma en el libro de los Proverbios, nos lo asegura diciendole así: *Todos aquellos que no me aman, aman la muerte eterna: el que acude á mí y oye lo que le digo, no se perderá: el que verdaderamente procura obsequiarme, está lejos de su condenacion: y por decirlo con un gran santo: el que es fiel en obsequiar á María, presto recibirá al mismo Dios: ¡tan poderosa es la mediacion de su Augusta Madre!* ¡Oh! ¡qué hermosa es esta Virgen Madre! ¡Qué importantes los oficios que nos dispensa! Ella es el salvoconducto para que no seamos desterrados del cielo, la que pone en juego todos los me-

dios para logramos todo cuanto necesitamos. Digámcsle como un santo: *¡Oh Augusta Madre mia! ¡Si yo pongo en Vos toda mi confianza, ciertamente que no me perderé; y si estoy bajo de esta proteccion, ciertamente que me salvaré;* porque el que tiene una devocion tan santa, es imposible que se pierda: y tanto mas cuanto que es una devocion que es como el carácter distintivo de los que han de salvarse, y carácter con que distingue Dios á las almas de los predestinados.

A vista de esto, bien podemos pedirle que *nos muestre despues de esta vida, el fruto bendito de su vientre, Jesus*, ya que Ella es el espanto del infierno, el terror de los demonios, la gloria de los escogidos y la salud de todos los justos. ¿Quieres conocer hasta qué punto la Santísima Virgen te librerá del infierno? Conoce toda la extension de su patrocinio; y para esto debes recordar que los ángeles que están en el trono de Dios, se hallan cubiertos con sus alas, al paso que María asiste ante la Majestad Divina, con las súplicas poderosas de un mandato. Por Ella logramos el perdon de nuestros pecados; por Ella se nos abren las puertas del cielo; y si como Madre es el todo de la Iglesia, que nos hace encontrar misericordia, es como Virgen que encerró en su vientre virginal, al que no cabe en el cielo y en la tierra, la que nos hará llegar á la mas alta perfeccion.

61. *Los libra de las penas del purgatorio.*—La súplica en la que decimos á la Santísima Virgen que *despues de esta vida nos muestre el fruto bendito de su vientre, Jesus*, no solo supone que esta Soberana Señora libra á sus devotos del infierno, sino que tambien que los saca de las mazmorras del purgatorio; y esto es muy claro, porque mientras están en esta cárcel de los padecimientos no pueden de modo alguno ver á Dios. ¡Ah! ¡qué felicidad, lector carísimo, la de un verdadero devoto de María! Porque así como mientras vivimos en este mundo basta un ruego suyo para que salgamos del pecado, así basta una so-

la de sus súplicas para vernos libres de las terribles penas del purgatorio.

Aunque es verdad que las almas que sufren dichas penas, son incapaces de mérito ó demérito; pero María, considerándolas como hijas suyas, y como tiernísimas esposas de su Hijo Unigénito, trabaja en socorrerlas, y lo hace con tanta bondad, que aplica por su alivio toda su plenipotencia.

Ella las visita con socorros abundantísimos; se sirve de los fieles para que les apliquen indulgencias, oraciones, ayunos, y demas obras buenas, y aun no se desdenea de entrar en aquella cárcel del dolor para aliviarlas, como que Ella es la Madre de todas ellas, y Madre la mas llena de piedad y misericordia. María, en fin, libra á las almas del purgatorio aun de un modo directo; porque á la manera que Jesucristo subiendo á los cielos, subió acompañado de todos los santos del Antiguo Testamento, así María Santísima en el dia de su gloriosa Asunción, se llevó todas las almas del purgatorio, como dicen gravísimos autores. Esta gracia, que entonces pidió á su Hijo, le quedó en herencia para todas las generaciones; y con sus súplicas, y con la aplicacion de sus méritos, saca de este lugar de afliccion á cuantas almas quiere, y de este modo logra *mostrarles el fruto bendito de su vientre, Jesus.*

Es bien notoria la promesa que hizo la Santísima Virgen al Papa Juan XXII, cuando le ordenó que erigiese el Escapulario de nuestra Señora del Cármen, pues entonces le prometió que todos los que lo llevaren con devocion, serian librados del purgatorio en el primer sábado despues de su muerte; y gracia que se verifica en favor de los cofrades del Cármen, que habiendo salido de esta vida, estando en gracia de Dios, obraron segun el Escapulario, ya guardando la castidad que reclama su estado, ya ayunando todos los miércoles del año, á excepcion del dia de Navidad cuando cae en miércoles; hasta este punto con-

suela la Santísima Virgen á sus devotos, y hasta este punto los libra de las penas del purgatorio, y hace que les pueda *mostrar el fruto bendito de su vientre, Jesus.*

62. *Los conduce al cielo.*—Cuando te afirmo que María conduce á sus devotos al cielo, no tanto te anuncio una nueva verdad, como una consecuencia de lo ya explicado; porque si Ella libra á sus devotos no solo de caer en el infierno, sino que tambien de las llamas del purgatorio, claro está que los ha de conducir á la patria celestial; y tanto mas cuanto que solo en el cielo es donde puede mostrarnos *el bendito fruto de su vientre, Jesus.* A vista de esto, bien podemos aclamar por dichosos á cuantos tuvieren la santa devocion de amar á María Santísima, honrarla, glorificarla y adorarla por medio de la feliz y exacta imitacion de su divina virtud; ya que ella se halla arraigada en los que son la herencia del Señor, y que han de alvarle por los siglos de los siglos.

En la Escritura hay unas palabras que se aplican á la Santísima Virgen, y que á la letra dicen así: *El que me dió el ser descansó en mi tabernáculo, y me dijo: «Habita en Jacob y sea Israel tu herencia, y echa raíces en medio de mis escogidos;»* y es como si dijera: mi Criador ha querido habitar en mí, para que yo habitase en el corazon de sus escogidos, y para que la devocion de los fieles hácia mí formase su verdadero distintivo. ¡Ah! ¿Cuántos bienaventurados no estarian en el cielo, si no fuera por María? ¿Cuántos pecadores jamas habrian salido de sus pecados? ¿Cuántos justos habrian desgraciadamente caido? ¿Cuántos que se hicieron mas santos, habrian tornado á la tibieza? Y tú mismo, lector carísimo, ¿qué habria sido de tí sin las soberanas bondades de tu Augusta Madre?

Segun los decretos de la Providencia, bien podemos asegurar que por María están en el cielo los santos Apóstoles, los ejércitos de los mártires, los innumerables confesores y los coros de

las vírgenes: y aun por la intercesion y por los méritos previstos de María, están en el cielo los patriarcas, los profetas, todos los justos del Antiguo Testamento y aun todos los ángeles: y á no dudarlo, esta es la idea de la Iglesia cuando proclama á María la Reina y Emperatriz de los cielos y de la tierra. A vista de esto, bien puede decir María: *Yo hago resplandecer en el cielo tantos luceros cuantos se encuentran en la patria celestial; porque todos se han salvado por mi proteccion y valimiento.*

¡Oh divina devocion la de María! Yo te apellido puerta del cielo, porque á tí te han sido entregadas las llaves del reino de los cielos: yo te llamo escala de la gloria, porque por tí bajó Jesucristo y subiremos nosotros para ser eternamente felices: yo te denomino el colmo de todas las gracias, porque tú eres el sendero de la gloria, el auxilio de una confesion, y la gracia de la perseverancia final. ¡Oh divina devocion la de María! tú eres una mística carroza que conduces á todos los escogidos al eterno reino de la gloria. ¡Ah lector carísimo! Y por qué, apesar de ser todo esto la devocion de María, y de ser mucho mas de lo que nos podemos imaginar, ¿por qué, digo, hay tanta maldad entre los hombres? ¡Oh María! ¿dónde está la inocencia de costumbres? ¿dónde la penitencia que acompañar debe á todo arrepentido? Sin embargo, ello es cierto que para ir al cielo no hay otro camino que el de la inocencia ó penitencia. Los inocentes ¿dónde están? ¿y dónde están los verdaderos penitentes? ¡Ah! solo el devoto de María será este afortunado: él solo el que podrá conservar la inocencia bautismal, y él solo, supuesto que la perdiese, es el único que puede encontrarla por medio de una verdadera penitencia.

CAPITULO XIV.

¡OH CLEMENTE! ¡OH PIADOSA!

63. *Explicacion de la Salve.*—En este capítulo vamos á saludar á la Santísima Virgen como *Clemente y Piadosa*; y ojalá que supiésemos aprovechar como conviene, todas sus cualidades! Con qué afecto no debes presentarte á esta Soberana Señora! Qué amor tan santo no debes profesar á tan privilegiada criatura! Ella es la mas amada de Dios, como que es su verdadera Madre: ¿y podrás tú no amarla, ya que Ella es tambien la que mas te ama? ¿Podrás tú no colmarla de toda la gloria que te sea dable, siendo, como es, la que te ha dispensado las gracias? ¡Oh María Clementísima y Piadosísima: ¿quién hay que pueda no amarte? ¿quién será tan feliz que te ame con todo el corazon? ¿quién muriera de puro amor hácia tí? ¿quién muriera en defensa de tu virginidad y maternidad divina? ¿quién proclamara todas tus glorias como realmente son? Tú eres la Clementísima y la Piadosísima, y como tal, eres la mas santa y la escogida del Señor.

En efecto: te eligió el Padre Eterno, porque eres santa, y no porque tus riquezas fuesen superiores á las que poseen los mas ricos: te eligió el Hijo Divino, porque eres santa, y no porque tuvieses una nobleza que te distinguiera de los demas: te eligió el Espíritu Santo, porque eres santa, y no porque te caracterizase una hermosura de carne ó una ciencia de mundo: te escogió toda la Augusta Trinidad, porque eres la mas adornada en la virtud, la mas rica en tesoros de la gracia, la mas hermosa por los dones del Espíritu Santo; la nobilísima, porque sangre divina es la que corre por tus venas; la sapientísima, porque la